
THE
SECOND PAIR
OF EYES

UMBRAL 6

El Segundo Par De Ojos

Hay verdades que llegan a través del estudio.

Otras a través de la experiencia.

Y luego existen las más difíciles de aceptar.

Las que los demás ven antes que nosotros.

Durante mucho tiempo creí ser yo el observador.

El profesional que analiza.

El hombre que evalúa.

La persona que interpreta lo que sucede a su alrededor.

Me equivocaba.

Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que algunas de las cosas más importantes de mi vida fueron comprendidas antes por las mujeres que encontré a lo largo del camino.

No porque fueran más instruidas.

No porque fueran más afortunadas.

No porque poseyeran información que yo ignoraba.

Simplemente porque veían.

De un modo distinto.

Más rápidamente.

Más profundamente.

Menos distraídas.

Los hombres a menudo están fascinados por los resultados.

Las mujeres, mucho más a menudo, observan las señales.

El hombre mira la dirección.

La mujer mira el movimiento.

El hombre escucha las palabras.

La mujer escucha lo que las palabras evitan decir.

Naturalmente no siempre es así.

Pero lo bastante a menudo como para merecer atención.

En mi vida profesional encontré mujeres extraordinarias.

Directivas.

Colaboradoras.

Clientas.

Ejecutivas.

Madres.

Hijas.

Amigas.

Muchas provenían de países diferentes.

Lenguas diferentes.

Culturas diferentes.

Y sin embargo poseían una característica común.

Entendían a las personas antes de que las personas se entendieran a sí mismas.

Al principio consideraba esta capacidad una intuición.

Con el tiempo la llamé experiencia humana.

Porque mientras muchos observaban los datos, ellas observaban a los seres humanos.

Y los seres humanos anticipan siempre los datos.

Lo que sucede en los números empieza casi siempre en las personas.

Muchos cambios que transformarían mi recorrido fueron detectados antes por una mujer que por mí.

A veces eran pequeños detalles.

Una frase.

Un silencio.

Una preocupación.

Una observación aparentemente marginal.

Nada espectacular.

Nada teatral.

Y sin embargo, meses o años después, esas palabras volvían.

Y eran correctas.

Con el tiempo aprendí a escuchar.

No por cortesía.

Por inteligencia.

Porque el mundo es demasiado complejo para ser comprendido desde una perspectiva única.

Todo ser humano ve una parte del camino.

Nadie ve el mapa entero.

Las mujeres que atravesaron mi vida me enseñaron algo que ninguna empresa habría podido enseñarme.

Que la relación viene antes de la transacción.

Siempre.

Un contrato puede crear un acuerdo.

Una relación puede crear confianza.

Y la confianza sobrevive cuando el contrato ya no basta.

He visto a personas muy poderosas perderlo todo por falta de confianza.

Y a personas aparentemente frágiles construir mundos gracias a ella.

Cuando pienso de nuevo en las mujeres presentes en mi historia, no pienso en los roles.

Pienso en las contribuciones invisibles.

En lo que añadieron sin que se les reconociera.

En la capacidad de mantener juntas partes distintas de la realidad.

La familia.

El trabajo.

Las relaciones.

Las heridas.

Las esperanzas.

Muchos hombres afrontan la vida como una secuencia de objetivos.

Muchas mujeres la afrontan como una red de conexiones.

Quizá por eso a menudo llegan antes a algunas conclusiones.

Ven los vínculos.

Ven los efectos.

Ven las consecuencias.

Recuerdo un período de mi vida en que estaba convencido de tener que resolverlo todo solo.

Es una enfermedad difundida entre los hombres.

Pensar que la fuerza coincide con la autosuficiencia.

Pensar que pedir ayuda es una debilidad.

Pensar que la vulnerabilidad es un defecto.

Fueron mujeres las que demolieron esa convicción.

No con grandes discursos.

Con el ejemplo.

Mostrándome que la verdadera fuerza no consiste en sostenerlo todo.

Consiste en construir vínculos lo bastante fuertes como para no tener que sostenerlo todo solo.

Fue un descubrimiento revolucionario.

Porque cambió el modo en que observaba el mundo.

Y cambió el modo en que me observaba a mí mismo.

Toda cultura posee sus propias definiciones de éxito.

Títulos.

Posiciones.

Dinero.

Prestigio.

Con el tiempo aprendí que existe una medida distinta.

Las personas que se quedan.

Las que permanecen a tu lado cuando no hay nada que ganar.

Las que siguen creyendo en ti cuando a ti mismo te cuesta hacerlo.

Las que ven tu mejor parte antes incluso de que emerja.

Muchas de las personas que desempeñaron este papel en mi vida eran mujeres.

Y es imposible ignorar tal realidad.

Los libros a menudo celebran a los héroes.

Las biografías celebran a los protagonistas.

La vida real es mucho más honesta.

Detrás de cada recorrido existen personas que contribuyeron a construirlo.

Personas que no aparecen en los títulos.

Personas que no buscan reconocimientos.

Personas que hacen posible lo que otros firman.

Cuando pienso en las mujeres que atravesaron mi historia, pienso precisamente en esto.

En su capacidad de ver.

De comprender.

De sostener.

De corregir.

De anticipar.

Y sobre todo de recordar una verdad simple.

Nadie construye de verdad nada solo.

Podemos firmar una obra.

Podemos aparecer en la fotografía.

Podemos contar una historia.

Pero detrás de cada historia existe siempre una comunidad invisible.

En mi caso, una parte importante de esa comunidad tenía un rostro femenino.

Por eso decir que las mujeres lo vieron primero no es una provocación.

Es un reconocimiento.

Porque muchas veces, mucho antes de que yo comprendiera lo que estaba sucediendo, ellas ya lo habían entendido.

Las mujeres lo habían entendido primero.